

Viaje a la nueva China, un gigante que no deja de generar sorpresas

Marcelo Cantelmi

Jeans de tiro corto. Glúteos afirmados. Shorts y minifaldas en la Plaza Tiananmen, algunas muy cortas. Para lo que sirva cómo dato estadístico, esas formas de vestir, abiertas y con rebeldía, pintan una pincelada gruesa y elocuente sobre el cambio que experimenta esta sorprendente China. No es sólo una cuestión estética; es también un dato político. En la plaza célebre por la represión de junio de 1989 y la imagen inolvidable de un chino flaco parando con su cuerpo escuálido un tanque militar, hay un concierto de sonidos de celulares que se mezcla con las risas de las dueñas de las minifaldas y el disparo de las máquinas fotográficas digitales.



Al comienzo, el observador debe hacer como lo aconsejaban las abuelas: atarse un hilo en un dedo que le recuerde el dato fácilmente olvidable de que ese lugar en donde está es nomás un país comunista.

El estallido del crecimiento abrumba. En los automóviles de última generación, en los colectivos con televisión, en las avenidas limpias y perfectas, en la tecnología por todos lados. No es sólo en Beijing donde este abuso de modernidad atropella. Este enviado cruzó casi tres mil kilómetros hacia el suroeste, camino a la frontera con Vietnam, hasta Kumming, la capital de Yunnan, una provincia con igual población que Argentina, y la probeta capitalista parece más visible que el esquema comunista que pretende contenerla.

En la Plaza Tiananmen, aparte de las chicas y sus celulares, también hay un retrato gigante de Mao Tse Tung, con una mirada que atraviesa la historia y de quien se vuelve a hablar ahora un poco más porque faltan pocos meses para el 60° aniversario de la creación de la República Popular China por el gran conductor. También su imagen aparece en los billetes

del yuán, la moneda local. Pero no mucho más.

El héroe repetido en las charlas que este enviado pudo sostener con funcionarios del Partido, en la capital y el interior, no es Mao sino un antiguo enemigo interno, Den Xiao Ping, de quien este mes se cumplen treinta años desde que impuso su consigna de "el desarrollo es la razón" y generó un proceso de "reforma y apertura" que -en buen cristiano- liberó las fuerzas económicas del mercado. China ha sido desde entonces una máquina de producir dinero y también pobres. Una experiencia fascinante cargada de contradicciones y en la que altos funcionarios como Wang Chen, ministro de la Oficina de Información del Consejo del Estado, sintetiza demoledor en una extensa charla con Clarín en Beijing: "Una sociedad igualitaria carece de vigor".

Para muchos, puede ser éste el reino en la Tierra del oxímoron. China, dicen los que mandan, es una estructura nacional de "libre mercado comunista" en la que el estímulo material –la ganancia– dejó en el olvido la épica del estímulo moral que decoró los discursos de los fundadores de la revolución y aún de nuestro mucho más cercano Che Guevara.

¿Y dónde han quedado los maoístas? "Ahhh, éstos están en la clandestinidad", dice matándose de risa el catedrático Le Xiguang de la Universidad Tsinghua.

Vale la pena hablar con este hombre de un inglés perfecto que sostiene que no hay un gran hermano en China que vigile lo que dicen o escriben su inmensidad de 1.300 millones de habitantes.

En este gigantesco país, argumenta, hay 500 millones de celulares, parte de ellos de tercera generación con acceso a Internet. Y al menos unos 18.000 blogs. "Son cómo un millón de periodistas actuando todos al mismo tiempo, ¿cómo vigilar eso?", dice aunque uno sabe que hay control y que hay miradas. ¿Y Mao?: "Mao quería poner la bandera roja en todas partes, defendía el igualitarismo. Eso ya fue", argumenta.

Li Xiguang juega con las palabras cuando explica la convivencia de capitalismo y comunismo.

"Mmmm, es un capitalismo a la China o también un socialismo a la China. Es nuestro modelo". Sostiene que la apertura económica no implicará un cambio político al estilo occidental. "¿La libertad viene antes o después de la democracia? Nos critican y nos piden que hagamos como en Occidente. Pero ustedes votan un rey y después no participan. Nosotros participamos todo el tiempo". El remate no es menos provocador: "Hay contradicciones claro, pero posiblemente seamos una excepcionalidad. Como Estados Unidos, que también podría ser una excepcionalidad".

El furor consumista que experimenta China con un crecimiento de dos dígitos desde hace más de 20 años, generó efectivamente profundas contradicciones que aquí son admitidas sin mayores diplomacias. En este gigante nacen cada año 20 millones de chicos y, en ese universo que no deja de crecer, reina un centenar de personas que tienen fortunas de más de mil millones de dólares. Y luego viene lo que sería la clase media de cien millones. El resto son algo más de 800 millones de campesinos y unos 360 millones que forman la línea de pobreza. Las ciudades, especialmente de la costa, tienen un ingreso per cápita de US\$ 1.500, tres veces más de lo que se gana en el campo cultivable que, aparte, es sólo el 19% del inmenso espacio chino plétórico de desiertos.

La actual crisis mundial mide esas contradicciones con costos ahora tremendos. Desde la orden de largada de Deng, China creció sin medir consecuencias tanto sociales como ambientales. En palabras del sinólogo español Mario Esteban Rodríguez, "si bien China es la locomotora de la economía mundial, está plagada de desastres ambientales; alberga 16 de las 20 ciudades más contaminadas del mundo y es uno de los 13 países con más escasez de agua". En buena compañía con esas calamidades se suma soportar la mayor brecha en las desigualdades sociales de todo el planeta en los últimos 20 años, un efecto medido, entre otros, por el índice Gini.

Veamos ejemplos. En Kunming, capital del negocio de las flores de China, hay una aldea llamada Fubao que es un paraíso. Y, si se anima al viaje que lo deja a un paso más bien largo de Myanmar, Vietnam o Laos, puede disfrutar de la mayor pileta bajo techo de aguas termales de toda Asia y que por su tamaño figura en el Guinness.

Fubao esta al borde del lago Dian Chi, tan contaminado que sus aguas sin olas -como si las cubriera un cuero pesado y sucio- tienen un color verde que hace espumas misteriosas en las orillas. La aldea es parte de un experimento ligado a un cambio central en la China de hoy. El lago está siendo lentamente limpiado y, muy esencialmente, los campesinos que la habitan tienen un ingreso promedio más alto que otros pueblos y llegan a vivir en chalets de hasta tres pisos. El gran desafío es integrar el interior al consumo. En China como en nuestros pagos, hay demolidoras internas. La de Deng contra el maoísmo no fue la única. El presidente actual Hu Jintao es un halcón desarrollista quien el año pasado, en el XVII Congreso del Partido Comunista Chino (PCCH), asestó una derrota casi definitiva al denominado grupo de Shanghai o los princelings (príncipes, porque son hijos de la alta clase política fundacional) encabezados por el anterior líder máximo Jiang Zemin, que fueron quienes impulsaron el crecimiento a como dé lugar.

Hu Jintao se inventó sus propios paradigmas en clave metafórica al estilo asiático para enmendar el lugar: "el desarrollo científico" y "la sociedad armoniosa". El primero pretende resolver la crisis ambiental; el otro, la desigualdad.

No conviene perderle pisada a este modelo. Si China logra sobreponerse a la caída mundial que afecta su hasta ahora extraordinario perfil comercial, lo hará apoyándose en su tremendo y desaprovechado mercado interno y será necesariamente con más "transformación y apertura". Si funciona, países como Cuba darán su propio salto adelante mirándose en este espejo y otros grandes productores de alimentos como Argentina no perderán a esta descomunal, necesaria locomotora.

Comercio con Argentina

Néstor Restivo

China es el segundo destino más importante de las exportaciones argentinas, después de Brasil. Por eso, si la crisis global afecta su crecimiento y así a su enorme demanda de materias primas, Argentina lo sentirá, además del impacto mundial que eso provocará dado el peso creciente que tiene el gigante asiático.

El comercio local con China, como publicó ayer Clarín, subió en 10 años 400 y 537% (importaciones y exportaciones respectivamente) y superó lo transado con un otrora gran socio, EEUU. Según Gustavo Girado, de Asia&Argentina, atenúa el peligro este dato: "Desde 2007 el consumo explica el mayor aporte al crecimiento del PBI chino, no sus exportaciones. Además, la economía china no puede políticamente crecer menos del 6 a 6,5% anual. Si no, no puede darle trabajo a las 11 millones de personas que entran por año al mercado laboral. China no desea otro Tienanmen y tiene un piso de crecimiento".

Para Nicolás Laiño, de la Cámara de Producción y Comercio bilateral, "una recesión global, como ya pasa, afectará los precios de materias primas (la soja y derivados son el grueso de lo que le vende Argentina). Pero no debería afectar el volumen por la necesidad de alimento del mundo y en especial Asia". El comercio bilateral, según la Cámara, llegaría en 2008 a US\$ 13 mil millones.

"Otro temor -dijo Girado- es que si los mercados de destino de productos chinos se le achican, tendrá volúmenes grandes de productos para volcar al mercado internacional. Más, si también se achica su mercado interno".

Los dilemas políticos de un gran prestamista

ENVIADO ESPECIAL

Son paradojas de la historia. Ésta es una muy antigua pero ahora, a la luz de la crisis financiera, alcanza especial predicamento. China es hoy, posiblemente por encima de Japón, el mayor acreedor de EE.UU. . Esto, sin embargo, no genera al gigante asiático el poder que en principio podría suponerse.

Beijing, con reservas cercanas a los US\$ 2 billones, tiene en sus arcas unos US\$ 900 mil millones en bonos del Tesoro norteamericano, aunque otras fuentes hablan de US\$ 1,3 billones. EE.UU. niega el tamaño de esa cifra que ubica en unos US\$ 500 mil millones.

¿Por qué se dio esa circunstancia? Debido a que la economía de EE.UU. depende de que el resto del mundo le demande los dólares que emite y también sus bonos para fondear los déficit comercial y fiscal que se han tornado gigantes bajo George Bush. Además el rojo en cuenta corriente de Washington se incrementará de modo exponencial debido a los actuales planes de salvataje.

Para China siempre fue un buen negocio. De todo modos, dada la actual crisis que sacude al mundo, China está atrapada . No puede desprenderse de esos papeles porque generaría una caída en dominó de sus restantes activos en dólares. Y Beijing difícilmente se lance a costosas acrobacias pues enfrenta sus propios problemas por la súbita recesión que se insinúa en el norte mundial, su principal mercado.

Aun pese al tsunami que demolió el sistema financiero de EE.UU., sus bonos figuran entre los activos más seguros y por eso el dólar ha subido. Hay una explicación: nadie espera que Norteamérica -un cuarto de la economía mundial- caiga en default.

Clarín, Buenos Aires, 21 out. 2008, El Mundo, online. Disponible em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acceso em: 21/10/2008.